



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 31 de Julio de 1864.

NÚM. 36.

#### SUMARIO.

A nuestros suscritores, por *La Redaccion*.—*Revista de Valencia*, por D. Gerónimo Flores.—*Estudios sobre la literatura portuguesa*: Luis de Camoens, por D. Rafael Ferrer y Bigné.—*La Gergovia*: (traduccion), por D. A. Alcalde Valladares.—*Globos aerostáticos*.—*La deuda olvidada*: Anécdota contemporánea, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—*El pensamiento*, (poesía) por Doña Joaquina Garcia Balmaseda.—*En el álbum de Inés*, (poesía) por D. Eduardo Atard.—*El ciego de los valles*: Novela original, por Don Maximino Carrillo de Albornoz, (conclusion).—*Pensamientos y máximas*, por D. J. L.

**Láminas.** Golfo de Guinea: Casa de Bambú construida por el gobierno español en Hobeý Pequeño.—Estéban y José Montgolfier, inventores del globo aerostático.—Entrada á la tumba de la Virgen, San José y Santa Ana, en el valle de Josafat.

#### Á NUESTROS SUSCRITORES.

Sabido es que toda asociacion tanto mercantil como industrial, bien política ó literaria, ya constituyan su capital intereses materiales ó intelectuales, necesita de un órgano que la represente y sea por decirlo así su mas fiel espresion.

Despues de las épocas de decadencia por que ha pasado la literatura española, hace tiempo que la ve-

mos elevarse á una envidiable altura, y en Madrid se hacia sentir la necesidad de algunos periódicos literarios tales como los que hoy ven la luz pública, y que colocan á nuestra nacion al nivel de las mas cultas de Europa.

No solo en la capital de la monarquía sino tambien en las de provincia se dejaba sentir esa misma necesidad, y especialmente Valencia que encierra en su seno sobrados elementos de vida, reclamaba hacia tiempo una publicacion de este género. Venciendo, pues, los innumerables obstáculos que ofrecen semejantes empresas, determinamos publicar *El Museo Literario* con el objeto de llenar este notable vacío; y en el corto tiempo que lleva de vida dicho semanario ha alcanzado la mas alta reputacion, mereciendo los mas lisonjeros elogios de la prensa de Madrid y de las provincias.

*El Museo Literario*, que tiene la honra de ver figurar en la lista de sus suscritores á S. M. y AA., Real Academia Española, Congreso, Senado, Biblioteca Nacional y otras corporaciones científicas y literarias y varios personajes distinguidos, no necesita recomendacion alguna, pues dichos antecedentes hablan muy alto en su favor.

No hemos escaseado ningun género de sacrificios para corresponder á nuestros constantes favorecedores; y tanto en la parte material como en la literaria las firmas de los mejores artistas y literatos han aparecido en las columnas de *El Museo*.

Ahora bien, siendo innumerables los pedidos, habiendo manifestado muchas personas deseos de poseer la coleccion completa, y no siendo esto posible á causa de haberse agotado varios números de dicho semanario, hemos pensado terminar la primera época de *El Museo*, y en el número del Domingo inmediato empezará la segunda; lo que ponemos en conocimiento del público para los que deseen suscribirse en adelante, advirtiéndoles que el tomo que comenzamos á publicar es completamente independiente del publicado.

No necesitamos hacer ninguna clase de promesas; el público ha podido juzgar de la bondad de nuestro periódico: y al empezar la segunda época, no escasearemos sacrificio alguno para corresponder dignamente á sus favores, esperando que por su parte sabrá recompensar nuestros esfuerzos.

LA REDACCION.



## REVISTA DE VALENCIA.



a vida, ese conjunto de vanidades de donde brotan todos los placeres y todos los infortunios, desaparece de nosotros tan instantáneamente como los surcos trazados por un remo sobre la superficie de las aguas.

Impresionados aun con los últimos acontecimientos, damos rienda suelta á nuestro espíritu bullidor y el corazón dibuja con brillante colorido nuevas escenas que llevan al lector á un mundo de sucesos mas halagüeños.

Ligera bruma habia cubierto nuestro horizonte, pero desvanecida ya, ha vuelto á renacer la confianza en los hijos del Cid, siendo el pueblo el primero en dar las mas inequívocas pruebas de sensatez y amor al orden.

Las habituales y sencillas costumbres han vuelto á entrar en su cauce, y en los frondosos y amenos sitios en que la naturaleza ostenta toda su belleza, hemos visto multitud de gente dando cuanto ensanche han podido á sus pasiones.

Lo mismo en el muelle que en el Cabañal, la animacion ha sido extraordinaria, si bien en este último punto parece cerner sus alas el dios del fastidio.

Poca poesía por no decir ninguna encierra este año aquel recinto á pesar de cuanto sobre él se ha escrito, pues si en otros tiempos pudo verse en cada alquería un cielo de ilusiones y en cada reja un templo de amor, hoy solo miran nuestros ojos durante la callada noche y al tibio rayo de la luna grupos mas ó menos numerosos, entregados unos completamente á Morfeo y otros reducidos á contarse mutuamente sus cuitas ó á describir minuciosamente sus cotidianas ocupaciones.

Por fin, los escasos reverberos tienen la mision de alumbrarnos desde que el astro de la noche ha extinguido sus fulgores, pero sin embargo las niñas dan muestras de querer amenizar las veladas.

Y los débiles reflejos  
De moribundos faroles,  
Nos hacen ver mas de un ángel  
Dormitando en los sillones.

Con tristeza recordamos los tiempos en que se improvisaban amenas reuniones y variadas fiestas en las que se lograban ver reunidas cuantas bellezas encerraban las elegantes alquerías.

Hoy todo se mira bajo el prisma del buen tono, y lo que priva es vivir aprisionadas entre las veleidosas leyes que la moda impone.

Deidad á quien toda muger dirige su misteriosa adoracion.

Goce forjado por un idealismo engañoso y seductor.

Tal vez como ha sucedido en años anteriores recobre su perdida animacion cuando las lluvias de Agosto despiden á los bañistas.

*Mas vale tarde que nunca.*

A semejanza del sediento que empapa sus fauces en el primer arroyo que tiene á su disposicion, así el pueblo valenciano ha corrido presuroso en busca de las tradicionales corridas de toros.

Despreciando falsos rumores lo mismo hemos visto ocupados los asientos de preferencia por elegantes damas, que los sometidos á los rayos del tórrido sol por los honrados labradores de nuestra esmaltada huerta.

Si á buscar fuéramos en nuestra paleta los colores con que pintar el cuadro de las corridas que han tenido lugar en nuestra elegante plaza, lograríamos únicamente hacer resaltar escasos tonos, dando á los otros tintes os-

curos, indignos de que se les llamase de *brocha gorda*.

Justo será sin embargo que nos ocupemos aunque ligeramente de esta diversion que ha sido la comidilla de los aficionados y ha dado lugar á estensos artículos escritos por apreciables amigos que se han ocultado con los seudónimos de Belisario y Saltamartí.

Las peripecias á que han dado lugar los magníficos bichos de la mejor ganadería que existe perteneciente al Excmo. Sr. Duque de Veragua, son dignas de mencion por mas de un concepto y se prestaban á una crítica sangrienta, pero no estando en nuestro pensamiento hacer una revista taurina, solo nos concretaremos á suplicar á la Junta del Hospital renuncie á presentarnos una cuadrilla en la que sin menoscabar el mérito que pueda tener La Santera, solo son admisibles Arce como picador y el Lorito como banderillero, los demás han recibido el justo premio de su ignorancia con las demostraciones nada lisonjeras del público.

Contra el irresistible empuje de la opinion pública no hay mas medios hábiles para contrarestarla que satisfacer los justos deseos de la voz general, ya que por el nada moderado precio de las localidades se debe esperar una de las mejores cuadrillas.

El teatro Principal ha estado muy concurrido á pesar de la atmósfera de 40 grados Reaumur que se respiraba.

La gente se ha divertido cuanto le ha sido posible y olvidando lo pasado ha visto en el presente un medio de satisfacer sus deseos, quedándose para el porvenir la ilusion de nuevos goces con que alegrar el espíritu.

GERÓNIMO FLORES.

## ESTUDIOS

sobre la literatura portuguesa.

Luis de Camoens.

## III.

Agora com pobreza aborrecida  
Por hospícios alheos degradado;  
Agora da esperanza ja adquirida  
De novo mais que nunca derribado.  
(Os Lusíadas, Canto VII.)

Homero, recorriendo la Grecia con sus inmortales cantos, cuya retribucion, recogida de aldea en aldea, apenas bastara para proveer á la misera existencia del pobre ciego; Job, hospedado en un muladar donde se ahogaran los tristes ecos de su alma conformada, sin familia ni amigos que consolasen al paciente leproso; Tasso, reducido, por poeta ó por enamorado, á tener por albergue un establecimiento de dementes, siendo despues su miseria y locura el objeto de lástima y befa en toda la Italia, que habia inmortalizado con su poema; Milton, ciego y desvalido, dictando á su muger é hijas los inspirados versos que no habian de ser apreciados hasta despues de su muerte; todos los egemplos de los colosales genios abrumados por el infortunio, se reasumen en la desventurada existencia del desgraciado Camoens, especialmente durante los diez años desde el retorno á su patria en 1569, época de la famosa peste de Lisboa, hasta que en la misma murió tan pobre y miserablemente como habia vivido, despues de haber surcado lejanos mares en pos de la esquivada fortuna.

Solo traia de las indias su poema; tal vez esperase admirar con él á su ingrata patria, á aquella patria de que seis años antes se habia despedido para siempre, creyendo que su corazón á fuer de lastimado, podria corresponderle con el olvido.

¡Vana esperanza! El recuerdo de su pais querido era en todas partes el *saudoso* espíritu de su poesía, las glorias de su patria ha-

bian sido la idea de su poema, la historia de su nacion aprendida en la universidad de Coimbra, habia sido su estudio incesante aun en la gruta de Macao, y si habia deseado volver á atravesar los mares, era sin duda por ofrecer á Portugal «...hum novo exemplo de amor dos patrios feitos...» el poema prenda de su cariñosa memoria.

Lisboa, sin embargo, no estaba á la sazón para oír siquiera los versos de un desconocido soldado de las Indias. Presa de una horrible peste, los lamentos de los moribundos fueron la salutación con que recibió al ilusionado poeta, salutación por lo demás digna de su desventurada estrella.

Habia abandonado sonriente la ciudad que encontraba moribunda; ya en ella no existian sino recuerdos dolorosos de sus pasados amores, de Catalina, á que llamaba con el anagrama de *Natercia*, de *Sibela*, anagrama de Isabel y de todas las personas queridas á quienes habia invocado en sus cantos con los nombres de Belisa, Dinamene, Galatea, Daliana, Nise, Marcisa, Evire, Sirene, Aman-te, Elisa, Aonia, Silvana, Lemnoria, Lilia, Uliana, Learda, Marsida, Marsilia, Filis y Alcida, además de su repetida Violante, Beatriz, Inés y Doña Francisca de Aragon, muertas unas, ausentes otras, desconocido por las mas.

Sensible debió ser tal soledad y aislamiento para el apasionado amante que se habia quejado en la ausencia del objeto amado tan sentidamente como en el siguiente soneto, vertido á nuestra lengua, entre otros, en colaboracion de nuestro antiguo amigo D. Tecodoro Llorente:

Una admirable planta diz que crece  
Que al sol sigue en su curso de hora en hora  
Des que asoma en el Eufrates la aurora;  
Y hasta que ésta en el cénit, no florece.  
Pero cuando en el mar desaparece  
Pierde la flor su gala encantadora  
Y al punto se marchita y descolora;  
¡Tanto, del sol ausente, se entristece!  
Cuando alegráis, sol mio, mi existencia,  
Mostrándome ese rostro que dá vida,  
Flores produce el alma en su contento:  
Mas así que no os ve, ya entristecida  
Se mustia y se consume en gran tormento...  
Nadie puede sufrir, sol, vuestra ausencia.

En tan triste situacion, despues de volver á su patria, bien pudiera repetir lo que en la quimérica aspiracion de su fantasía, habia espresado en este bellissimo soneto:

¿Dó fijaré la vista, que no vea  
La causa de que nace mi tormento?  
¿A qué parte huiré mi pensamiento,  
Que parte, para hallar descanso, sea?  
Bien sé cuánto se engaña quien desea  
Hallar en amor vano fiel contento,  
Y quien en su placer, leve cual viento,  
Su bien y no su mal encontrar crea.  
Mas ¡ay! á mí, tras claro desengaño,  
Tal el alma me tiene encadenada,  
Que de él está pendiente mi deseo;  
Y voy de dia en dia, de año en año,  
Detrás de un no sé qué, detrás de un nada,  
Que cuanto mas se acerca, menos veo.

Con tal aspiracion, tan oportunamente espresada, no es de extrañar que algo de verdad tuviese la descripcion del estado habitual de su ánimo, segun el siguiente soneto:

Triste de mí que á un tiempo lloro y rio,  
Espero y temo, quiero y aborrezco,  
Juntamente me alegre y me entristezco,  
Confío en una cosa y desconfío.  
Sin alas vuelo, y aunque ciego guio,  
Menos alcanzo en lo que mas merezco,  
Hablo mucho mejor cuando enmudezco,  
Y sin contradiccion siempre porfio.  
Posible me parece lo imposible,  
Estarme quieto intento con mudarme,  
Usar de libertad y ser cautivo;  
Querria visto ser, ser invisible,  
Amando la cadena, libertarme:  
Tal el estado es en que hoy yo vivo.



Aun en medio de los horrores de la peste, dedicóse Camoens con toda la actividad de su espíritu, á la corrección y revisión de su obra, á ese fatigoso *labor limæ*, tan recomendado por Horacio y que no podía menos de exigir el poema épico llamado á ser el primero después de los latinos.

Tres años empleó asiduamente en ello y en preparar su publicación, impetrando tal vez la benevolencia de algun editor é implorando la protección de algun patrono.

Virgilio, para sus *Geórgicas*, se habia dirigido á Augusto; Lucano, para su *Farsalia*, á Nerón; Ariosto, en su *Orlando*, al cardenal de Ferrara; Tasso dedicó después su *Jerusalén*, al duque Alfonso; por eso Camoens, obedeciendo á la costumbre de buscar la protección de algun príncipe, ofreció su obra al rey D. Sebastian.

Mientras tanto el pobre poeta, entregado de lleno en su ignorado estudio á los trabajos literarios, era mantenido por un esclavo negro, llamado Antonio, que habia traído de Java, quien llegó á pedir limosna por las noches para alimentar á su señor enfermo y decaído.

Señalóle el rey D. Sebastian una corta pensión vitalicia por haberle ofrecido su poema heroico, pero tan mal pagada era aquella pensión ánuua de 375 rs., que solia repetir el decidior poeta habia de rogar al rey los conmutase en 375 azotes para los encargados de aquel pago.

No le faltaba el desfado de sus tiempos juveniles, en prueba de lo cual refieren sus biógrafos varias anecdotillas, entre las que la siguiente prueba al mismo tiempo el amor á sus obras.—Refieren, que siendo ya popular alguna de sus canciones, cantábala en el mercado un hombre que vendia cacharros de barro, pero en su rudo entendimiento, tan desfigurada la cantaba, que el poeta al oírlo principió á quebrarle las vasijas, con el mismo derecho, decia, con que el ollero le quebraba sus versos.

Recordando aquellos tiempos en su triste situación, bien podia exclamar con el acento del desencanto:

¡O quem tornar pudera á ser nacido!  
Souberase lograr do bem passado,  
Se conhecer sobera o mal presente.

El mismo sentimiento, sirviendo á la mania amorosa de la época, le habia inspirado el soneto, que traducido dice:

Júzganme todos ya como perdido,  
Viéndome tan sumido en mi cuidado,  
De los hombres andar siempre apartado,  
Dando el mundo y sus bienes al olvido.  
Pero yo, que tan bien lo he conocido,  
Que todos sus engaños he llorado,  
Tengo por despreciable y engañado  
Al que en mi mal no se haya engrandecido.  
Revuelvan otros mar y tierra y viento,  
Oro y honras buscando ávidamente,  
Y venzan hierro, fuego, frío y calma:  
Que yo de amor ardiendo, me contento  
Con llevar esculpido eternamente  
Vuestro rostro gentil dentro del alma.

Mas ingénua verdad hay prescindiendo de la escesiva modestia, en el soneto que arreglado á nuestro idioma, dice:

En mi de largos años breve historia  
Verán los que se precian de amadores,  
Consuelo podrá ser á sus dolores  
No apartar de los míos la memoria.  
Escribí no por fama, ni por gloria,  
De que otros versos son merecedores,  
Para mostrar sus triunfos y rigores  
A quien logró de mí santa victoria.  
Mas creció con el tiempo el dolor tanto,  
Que mal pude alabar, ageno al arte  
Al ciego amor que así me encadenó.  
¡Si dí al canto la voz, dí el alma al llanto!  
Mi mano con dolor solo una parte  
De mis tristes dolores escribió.

Tanto mas verdad debió ser esto, cuanto no consta que escribiese ni un verso en los

siete años que vivió Camoens después de la publicación de su poema, últimos años los mas dolorosos de su existencia, en los que ni inspiración para escribir, ni aliento para quejarse le prestara por consuelo el infortunio.

Cuéntase á propósito de ello, que pidiéndole un caballero portugués la traducción de tres salmos en verso, contestóle el desgraciado Camoens: «Señor, cuando yo los hacia, hallábame en edad florida, favorecido de las damas y teniendo lo necesario: pero ahora tanto me falta, que ahí está mi Antonio, pidiéndome cuatro maravedís para carbon y no los tengo para dárselos.»

Aquejado por una enfermedad, no respetada por la maledicencia, que supuso era efecto de su afición á los placeres del amor, vióse en la necesidad de hacer vender á su esclavo para atender á su enfermedad, hasta los pocos objetos que por lo queridos conservaba, como recuerdo de sus pasadas glorias.

Con razon pudo el moribundo poeta exclamar «que jamais ouvio dizer que em tao pequeno theatro, como o de hum pobre leito, quizesse a fortuna representar tao grandes aventuras,» añadiendo, que como si no bastasen, él se ponía de parte de la desgracia, porque procurar resistir á tantos males parecería desvergüenza.

Sin embargo, aun le esperaba un mayor golpe: la noticia de la muerte de D. Sebastian y la rota de Alcacequevir, le hace escribir estas solemnes palabras en una carta dirigida á un caballero, poco antes de espirar: «*Em fin acabarei á vida é verao todos que fui tao affeizoadó á minha patria, que nao someute me contentei de morrer nella, mas de morrer com ella.*»

Andan discordes los biógrafos acerca del sitio donde espiró el eminente poeta lusitano, aunque no cabe duda que fue en Lisboa, lo cual no llega á alcanzarse respecto á su nacimiento. Es la version mas comun el que falleciese en un hospital de pobres, y así lo afirman las siguientes palabras escritas por un contemporáneo, Fray José Indio, en la primera hoja de sus *Lusiadas*, cuyo egemplar ha conservado un erudito lord; «Yo le ví, dice aquel religioso, morir en un hospital de Lisboa, sin tener una sábana con que cubrirse después de haber navegado 5,500 leguas por mar; ¡qué aviso para los que noche y dia se cansan estudiando sin provecho en urdir telas como la araña para cazar moscas!»

Consta por otra parte, que un caballero portugués envió, después de muerto Camoens, una sábana, para que pudiesen amortajarle y este es uno de los hechos, que algunos de sus compatriotas, exageradamente celosos por el buen nombre de su país, citan en comprobación de que Camoens no pudo morir en un hospital; pues dicen, que siendo así, no hubiera necesitado de los socorros de particulares, y en su consecuencia, los mas de los biógrafos portugueses sostienen que el desgraciado poeta murió en la pobre casilla en que habia vivido, cerca del convento de las monjas Franciscanas.

Prescindiendo de que en aquella época no es de extrañar que los hospitales de pobres se encontrasen todavía montados de tal suerte, que no fuese mengua para tales establecimientos el pedir algunos objetos á la caridad de los particulares, no debe tampoco parecernos increíble el que un pueblo tan ilustrado como el lusitano dejase perecer en un hospital á un ingenio tan eminente. Por desgracia pocas serán las naciones, que después de repasar su historia, puedan echar la primera piedra para castigar tan tristes egemplos y el mismo Portugal ha visto recientemente morir tambien en un hospital de Lisboa á otro poeta de principios de este siglo, á Manuel María Barbosa.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que sepultóse el cuerpo del desventurado poeta Camoens de tan miserable suerte, que ni aun

señal de sepultura se conservaba, costándole por lo mismo gran trabajo, segun es fama, á D. Gonzalo Cortinho, el encontrar los huesos del poeta cuando quiso darle mas digna sepultura, poniéndole una losa de mármol con esta inscripcion:

AQUI JAZ LUIS DE CAMOENS,  
PRÍNCIPE  
DOS POETAS DE SEU TEMPO;  
VIVEO POBRE E MISERAVELEMENTE,  
É ASSIM MORREO  
ANNO DE MDLXXIX.

Poco después otro de sus admiradores hizo grabar en la misma losa un epitafio latino; pero á mediados del siglo pasado un fuerte terremoto destruyó la iglesia de Santa Ana, donde estaba el sepulcro del desventurado Camoens, y al reedificarse la iglesia nadie, segun dice, se acordó de aquella sepultura.

Algunos biógrafos portugueses reasumen la vida de Camoens diciendo: «no se sabe á punto fijo el año de su nacimiento, aunque se cree tuviese los cincuenta y cinco de edad, cuando falleció en el de 1579: era de mediana estatura, bien formado, rubio de pelo, de costumbres correspondientes á sus cualidades, etc., etc.

A nosotros plácenos mas reasumir con uno de los títulos que le dan sus compatriotas, el de PRÍNCIPE DE LOS POETAS ESPAÑOLES.

«Los pueblos, dice el juicioso escritor señor Valera, tienen un alma inmortal como los individuos; y Camoens es el alma colectiva de los portugueses.» Nosotros, insinuando su idea de considerar á Camoens tan español como Lope de Vega y como Cervantes, creemos que Camoens es el alma colectiva de los españoles y portugueses; y su poema, siquiera se titule *Os Lusiadas*, el poema de la raza ibera en su siglo comun de descubrimientos y conquistas.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

## LA GERGOVIA (1).

### Traducción.

La visita de Luis Napoleon á Gergovia, al escribir la historia de Julio César, se esplica fácilmente por la importancia del objeto (2). César que llevó sobre el campo de batalla tres millones de hombres, y pasó triunfante sobre trescientos pueblos distintos de la antigua Galia, no fue detenido mas que una vez en el curso de sus victorias, y ésta fue en la Gergovia, donde Vereingetoriz, el último defensor de las libertades gálicas, rechazó completamente las legiones romanas.

La celebridad que tiene este lugar es indudable, segun documentos auténticos, como se ve tomando en la mano los *Comentarios*, donde puede convencerse cualquiera de la exactitud de su posición.

La montaña de Gergovia está situada como á unos ocho kilómetros hacia el Sud de Clermont-Ferrand no lejos de los estinguidos volcanes de Auvergne. Es quizás debida á una vasta erupción volcánica, así es que presenta vetas de calizos y gredas bajo una estensa capa de basalto. Su cresta mas elevada está á unos 744 metros por encima del nivel del mar, estando colocada entre dos pequeñas corrientes que son el arroyo de Artieres y el de Auzon que desembocan en el rio Allier.

Su cima presenta una vasta superficie de la figura de un trapecio, que podrá valuarse

(1) Montaña de Francia en el departamento de Puy-de-Dôme, á legua y media de Clermont-Ferrand.

(2) Todo el mundo sabe que Luis Napoleon está escribiendo la historia de Julio César para lo cual está visitando muchos de los lugares en que aquel estuvo, ó mandando personas entendidas que le recojan datos ó levanten planos; aqui en España hemos tenido hace poco oficiales franceses con ese objeto. (N. del T.)



en unos 912,600 metros cuadrados. Es seguro que un ejército por numeroso que sea puede acampar en ella cómodamente.

Las faldas de la montaña son de muy difícil acceso, sobre todo para un ejército que tuviera que asaltarla y sufrir al mismo tiempo el fuego del contrario. Bajo este supuesto, las vertientes del Oeste del Norte y del Este son inaccesibles. Por un lado tiene barrancos y quebraduras imposibles de flanquear, por otro murallas abiertas á pico: y por otras partes en fin enormes peñascos desplomados ó lanzados por el fuego abrasador de los volcanes. La parte meridional presenta una superficie mas suave y accesible.

Tal es el sitio escogido por los antiguos galos para resistir todo el inmenso poder de Julio César, que era, se puede aventurar á decir, su primer conquista. Vencedor en todas partes y confiado en la sumisión de los pueblos,

se ocupaba en Roma de los asuntos públicos cuando una insurrección general estalló en las provincias, de la cual era el jefe Vereingetorix.

A esta noticia, Julio César abandona rápidamente la Italia, y después de una serie de triunfos decisivos, persiguió á Vereingetorix con seis legiones y diez mil aliados hasta la montaña de Gergovia, á fin de aniquilar esta posición, centro el mas importante de los fortificados por los enemigos, y foco de la insurrección.

Entonces los galos que desde lo alto de su *Oppidum* dominaban todos los lugares comarcanos, construyeron diferentes murallas de piedras enormes, que cortaban el paso y amenazaban completamente la parte meridional. César, á la vista de estos formidables obstáculos, desesperó de tomar la plaza á viva fuerza, y se resolvió á ponerle sitio.

Los romanos levantaron sus tiendas á orillas del Auzon, dividiéndose en dos campos. El primero y mas estenso se estableció en la falda de la montaña llamada hoy de *Serre de Crest*, cubierta de lava, que ofrecía imágenes las mas ricas y vigorosas de fenómenos volcánicos: el segundo campamento y mas reducido lo estableció sobre la colina de la *Roche Blanche*.

Al cabo de algunos dias el rumor de algunas nuevas sublevaciones en la Galia, varió las intenciones del general romano, decidiéndose á abandonar el sitio del *Oppidum* para dar en otra parte un golpe decisivo. Mas temiendo que esta retirada se interpretase por el enemigo como una huida hija de su impotencia, trata de darle un golpe, que al mismo tiempo que impusiera á los Galos, mantuviese la moralidad y la entereza de sus legiones.



GOLFO DE GUINEA.--CASA DE BAMBÚ CONSTRUIDA POR EL GOBIERNO ESPAÑOL EN HOBEY PEQUEÑO.

En este concepto, comunica á su tropa su designio de sorprender al enemigo en su primer trinchera, batirlo y retirarse. Así, pues, ordena un falso ataque por el Norte, á fin de llamar hácia allí la atención de los sitiados, mientras hace pasar las tropas sigilosamente del campo mayor al menor y lanzar cuatro legiones al asalto.

Estas salvan en un momento las dos primeras trincheras y al abrigo de esta ventaja, llegan al pié de la ciudadela; pero abrumados aquí por el número y la lluvia de piedras y flechas que cae sobre ellos, se ven obligados á retirarse, dejando en el campo de batalla setecientas víctimas entre las que se cuentan cuarenta centuriones.

A los dos dias se retiró César, después de haber presentado inútilmente la batalla á sus enemigos, si bien poco tiempo después, mas afortunado delante de Alesia, triunfa de Vereingetorix y de la independencia gálica.

Hoy no queda ya de la ciudadela de los Auvernes mas que algunos restos de muralla ó algunos trozos de ruinas informes.

La llanura de lo alto nada revela de su pasada antigüedad: la reja del arado se ha encargado de borrar los últimos vestigios de aquellas memorias.

Sin embargo, en los tiempos modernos las continuas labores ó escavaciones han hecho que se recoja gran cantidad de monedas romanas ó gálicas, vasijas de barro bien conservadas, huesos de hombres y animales y despojos ú objetos de hierro ó bronce.

El museo de Clermont-Ferrand guarda una colección muy considerable de estas memorias antiguas, entre las que hay una medalla rarísima con el busto de Vereingetorix.

Hácia la parte del Mediodía existen especie de sillares de piedra, que han debido servir en la obra de un gran muro, cuya extensión se conoce todavía.

Difícil es figurarse sin verlos estos inmensos montones salpicados de ladrillos colorados que yacen en el suelo hechos pedazos en una extensión de mas de dos kilómetros.

Como posición militar esta vasta y salvaje planicie, estaba maravillosamente elegida, no

solo para resistir un ataque á viva fuerza, sino para proteger una retirada y observar hasta los puntos mas lejanos del horizonte.

Desde los cuatro puntos principales de la Gergovia, se presenta á la vista del viajero un inmenso panorama, que llama la atención extraordinariamente.

Si se mira hácia el Norte, se abraza de una ojeada la colina de Prat y el burgo de Aubier, y la ciudad de Clermont-Ferrand, asentada al pié de los apagados volcanes.

También se ve desde allí á Volvic con sus inagotables canteras, á Blanzat con sus numerosos jardines, el gótico castillo de Chateagay, y una porción de pueblos esparcidos por las llanuras ó diseminados en las faldas de las montañas.

A la derecha se extienden las campiñas feraces de Limagne, cruzadas por los caminos de Riom, Issoire Rillom y la vía férrea de Cendre, viéndose al mismo tiempo el abandonado estanque de Saliève.

En este mismo lado serpentea el Allier, en cuyas aguas se retrata Pou-du-Chateau.



A la izquierda están las cordilleras de los montes Domes, que, en forma de cadena, se levantan magestuosamente, aunque dominados por la cima del Puy-de-Dome.

Al Nordeste están Romagnat, que ha conservado en su nombre el paso del César, y el pico de Montrognon, que alza orgullosamente su cabeza coronada de ruinas feudales.

Al Sud, la perspectiva ni es menos intensa, ni menos digna de atención. Bajo los pies del espectador se contempla la colina Julia, rodeada por Omet, Donnezac, Jusat, la Roche Blanche, y en el fondo del cuadro Crest, el valle de Auzon, la espléndida montaña de Serre de Crest, y la infinidad de montecillos que se destacan con irregularidad como las ondas del Océano.

A la izquierda, el Allier, arrastra todavía la cinta azul de sus aguas bordadas por los sauces de la Limagne; dividiéndose por último la cadena de montañas que rodean á Ambert y Torez, y en el lado opuesto la de los montes Domes, cuyas blancas crestas parece que se pierden entre las nubes.

A. ALCALDE VALLADARES.

### GLOBOS AEROSTÁTICOS.

A los hermanos Estéban y José Montgolfier, fabricantes de papel en Annonay (Vivarés) se debe la inmediata aplicación de aquella ley física que á su primer descubridor, Arquímedes, hizo correr enajenado de gozo por las calles de Siracusa, gritando: ¡Eureka! ¡Eureka! (¡Lo encontré! ¡Lo encontré!)

Todo cuerpo sólido, sumergido en un líquido, es impelido de abajo arriba con una fuerza igual al peso del volumen de fluido que desaloja. Esa es la ley, á una de cuyas diversas é importantes consecuencias hay que referir la ascension de los globos aerostáticos, cuya posibilidad indicó el P. Lana en 1670, M. Caballo, en 1781, y cuya realización tuvieron los precitados la gloria de patentizar en 1782.

Hé aquí un curioso fragmento del extracto del informe redactado por Leroy, firmado por Tillet, Brisson, Cadet, Lavoissier, Bosuet, el Marqués Condinet y Desmarest, y leído á la Academia de Ciencias de París el 23 de Diciembre de 1783 acerca de los primeros ensayos de los Montgolfier.

«El punto de vista bajo el cual consideraron estos señores el gran problema de elevar y hacer flotar en el aire cuerpos pesados, fue el de las grandes masas de agua, que por causas que no hemos podido aun averiguar, consiguen elevarse y sostenerse á bastante distancia de la superficie del globo. Partiendo de este principio procuraron imitar á la naturaleza contrabalanceando la presión de un aire pesado, por la reacción ó elasticidad de otro muy ligero. Habiéndose asegurado por medio de un experimento muy sencillo de que bastaba un calor de 70 grados Reaumur para enrarecer el aire una mitad en un espacio cerrado, concibieron la esperanza de llegar á obtener buenos resultados. Es de presumir que sus meditaciones sobre el particular principiaron en Agosto de 1782; pero su experimento no se realizó hasta mediados de Noviembre en Aviñón. Aquí fue donde con la mayor satisfacción vió el mayor de los hermanos que un pequeño paralelepípedo hueco de tafetan que contenía 40 piés cúbicos ó poco menos, subió rápidamente al techo tan luego que por medio del calor se enrareció el aire que contenía. Habiendo vuelto á Annonay, y después de nuevos ensayos, se decidieron á revelar al público su importante descubrimiento.

El 4 de Junio 1783, día designado para realizar un ensayo en la plaza de aquel pueblo, se vió agolpada una multitud inmensa de cu-

riosos que con el mayor entusiasmo celebraron la subida del aparato aerostático. Consistía éste en una gran esfera hueca hecha con lona y forrada de papel, y la dilatación del aire se sostenía por medio de un brasero, en el cual se quemó paja y lana.»

Los miembros de la diputación ó Estado del Vivarés, redactaron acta de este procedimiento según lo habían presenciado, y la Academia de Ciencias, que hizo venir á Estéban Montgolfier á París, dispuso que sin pérdida de tiempo se repitiese el experimento y sufragó todos los gastos.

Todo París esperaba con impaciencia el gozar de aquel nunca visto espectáculo, y para el efecto se abrió una suscripción pública, que en pocos días produjo 10,000 francos. Un acreditado profesor de física, llamado Carlos, se encargó de la confección del globo, que se realizó en los talleres de los hermanos Robert, constructores de aparatos físicos.



ESTÉBAN Y JOSÉ MONTGOLFIER, INVENTORES DEL GLOBO AEROSTÁTICO.

Nadie en París sabía todavía á punto fijo la naturaleza del gas que los Montgolfier habían empleado en Annonay, pues lo único que en el acta remitida por la diputación del Vivarés se decía, era que el gas de que se había hecho uso «pesaba una mitad menos que el aire atmosférico.»

Sin perder tiempo en investigar cuál podría ser la naturaleza de aquel gas, y sin saber que el aire dilatado por medio del calor era el recurso de que se habían servido los hermanos Montgolfier, Carlos se decidió á henchir su globo con gas hidrógeno, cuerpo que aun hacia poco tiempo que era conocido en los laboratorios químicos, y cuyo peso es catorce veces menor que el del aire.

En 27 de Agosto de 1783 aquel globo, henchido de gas hidrógeno, lanzado por Carlos y Roberto, en medio del jardín de las Tullerías, llegó á elevarse en menos de dos minutos á 1,000 metros. Los anhelos y gritos de entusiasmo de las 300,000 personas que presenciaron aquel hermoso experimento, saludaron la ascension del primer globo cargado de gas hidrógeno.

Para corresponder al deseo manifestado por la Academia de Ciencias, Estéban Montgolfier pasó con toda diligencia á la capital. En 19 de Setiembre de 1783 repitió en París el experimento del globo henchido de aire dilatado por medio del calor, conforme lo había hecho en Annonay. En una jaula de mimbres, suspendida en la parte inferior del globo, en-

cerraron un carnero, un gallo y un pato. Estos son los primeros navegantes que han surcado los etéreos espacios, y su viaje se verificó con toda felicidad, pues habiéndose remontado sobre la región de las nubes, volvieron á la tierra sin haber sufrido el menor incidente.

El buen éxito de esta tentativa indujo á los hermanos Montgolfier á construir un globo capaz de conducir hombres. Para el efecto dispusieron en la parte exterior del orificio del globo una galería circular hecha de mimbres y cubierta de tela, formando una especie de balastrada de la altura de un hombre y destinada á dar colocación á los aeronautas. Un joven apasionado de la física, Pilatre des Rosiers, y un oficial de ejército, el Marqués d'Arlandes, se atrevieron á meterse en esa pegrosa navecilla.

En 31 de Octubre de 1783, después de largas vacilaciones por parte de Montgolfier y del Rey Luis XVI, que concebían temores por lo tocante á la suerte de los valerosos aeronautas, Pilatre de Rosiers y el Marqués d'Arlandes, se lanzaron á los etéreos espacios conducidos por el globo de aire dilatado, construido por Estéban Montgolfier, partiendo del palacio de la Muette, situado en el bosque de Boulogne. Su excursión aérea fue sumamente feliz y al volver á sentar sus pies en la tierra fueron recibidos como unos verdaderos triunfadores.

### LA DEUDA OLVIDADA.

#### Anécdota contemporánea.

Pocos años há que vivía en Madrid un castellano viejo, que siendo aun mozo y con regular salud, carecía del bien que mas general y seguramente disfrutan los pobres, un sueño tranquilo.

Alfonso Zamora dormía siempre mal; tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le atormentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenía deudas Alfonso; le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguía en términos de no permitirle reposar ni una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debía, era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. «¡Cuán feliz seré (decía á cada paso) desde el instante en que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me acueste sin deudas!»

No eran muchas ni grandes las que desvelaban al pobre Alfonso; mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncar á pierna tendida es un privilegio que solamente disfrutan los deudores ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razón que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de día para cumplir sus obligaciones, y acongojábanse entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenían de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad y debilidad de carácter. Esta última resume las otras: la vanidad es una flaqueza; el débil siempre suele ser desgraciado.

Padeció Alfonso una grave dolencia, durante la cual consumió sus limitados recursos y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser menos que algunos camaradas suyos, mas pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades ya trabajando poco, ya dando lugar con su excesivo encogimiento á que le pagaran tarde, mal ó nunca.



Era, pues, nuestro Alfonso un hombre de bien, salvos algunos pecadillos de que pocos se escapan. Con deudas que trampear, ¿cómo le habían de faltar embustes de que avergonzarse? La deuda es madre de la mentira en su enlace bigamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede satisfacer, y éste para manifestar que necesita lo suyo.

De otros dos pecadillos acusaba su conciencia al insomne Zamora; pero eran tales que á muchos lectores parecerán escrúpulos necios.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas, donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastin, un pastor y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el concejo, en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades: no se repara en libra de pan mas ó menos para el mastin, para el instructor de la infancia todo parece mucho. Así, cuando vaca una de estas escuelas que se conocen con el nombre de *in-completas*, á falta de otro mas espresivo, el pretendiente que se contenta con menos (y regularmente suele ser el que menos vale) se lleva de seguro la plaza. Un candidato con muger y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas á tiempo que Alfonso, recién emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir; la dotacion de la escuela, además de la mesa se extendia á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante; Alfonso confesaba despues dos males con tan infeliz competencia: uno al maestro y otro á los niños, porque el derrotado competidor era mas á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce abriles, llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde y aun ágría, madre severa, mugerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos; y la honrada dueña, mirando por su hija primero que por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que, ya casadera, tal vez no hallaria nunca partido tan bueno. Convino sin hacerse rogar el anciano; y la madre omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio, so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas el caso era que Alfonso, quien como otro Abelardo, enseñaba á escribir á la montañesa Eloisa, habia dado en mirar, con mas curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado, donde se recogia en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza; y de ver y contemplar devotamente la perfilada imagen, habia pasado á escribir para Rosa unas gallardas muestras de carácter cursivo, cuyo texto no se hallaba en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas; y escritas, habiaselas entregado á Rosita en secreto, y ella la guardaba no con menos cuidado. Supo el maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que le proponian; cogieron las vueltas á la viuda, pues, aunque nada lerda, no podia estar en todas partes á un tiempo: se hablaron, se juraron fe eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho, y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal habia sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro dia de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba

sobrado niña para contraer matrimonio, salia del pueblo la infeliz, aun con estrellas; encendidos los ojos y las mejillas; tapándose las con un pañuelo muy traído á la cara. Un deudo cercano la llevaba en un burro á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el trasegado Matusalen; y aquella noche misma el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, despues de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge: muger, en efecto, la mas inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor maestro, y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema. La viuda en visperas de desenviudar habia dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo, en efecto, que fugarse de allí con grave riesgo de su persona; sus tiernos discípulos, á instancias de la rencorosa viuda, le despidieron fervorosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto mas con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Península. Vano propósito, porque la cauta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podia estampar los piés. Rosa fue recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con promesa formal á no reñirla nunca, siempre que no se le rebelase cuando le mandara tomar esposo.

Y como Rosa era hermosa y escelente criatura, tenia un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si éste se descuidaba en defender á la pobre hijastra que se habia granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos poco apostólica.

Entre tanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivia con su madre; escribió y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió mas adelante la memoria de su amante promesa, y por fin, vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los privilegios que padecia, húbole de oír su ordinaria exclamacion «¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce cuando el propio rentista fue de otra manera sorprendido por la visita que mas debíamos esperar, y que menos prevenidos nos halla, la de la muerte.

No fue, sin embargo, la sorpresa tan repentina, que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia; y sin escrúpulo de conciencia, dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable Señor D. Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra, si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores fue obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los mas; pero no todos, y el opulento Sr. D. Alfonso no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al dia siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. «¡Esta noche sí que duermo como una estatua! (dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto.) Ya no debo nada á nadie, por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Ya lo entiendo (esclamó al levantarse): debo una reparacion al maestro casado, á quien dejé perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé donde para, y me es fácil favorecerle.»

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos dias, y siguió durmiendo lo mismo que antes.

«Pero, Señor (se preguntaba incesantemente), ¿qué me falta pagar aun? ¿qué debo yo?»

«¡Ah! sí: un rico debe un tributo de proteccion á las artes y letras.»

Le concederé hasta donde mi renta me lo permita.

«Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhábil ó imbecil.»

«Trabajaré para mi pais en mejorar su sistema de agricultura.»

Practicó Alfonso cuanto decia, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: «Algo me falta que pagar, algo debo. ¿Qué es?»

Pensó en Rosa, por último.

«Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que le escribí. Voy á escribir de nuevo.»

Tampoco obtuvo contestacion.

Aburrido, malisimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó varias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venia descuidadamente montado aquel impostor consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que habia recibido de él, y á la cuál aun no habia correspondido volviéndole otra.

«Esta es la deuda que me faltaba satisfacer (prorumpió colérico): hagamos finiquito, y dormiré bien por primera vez esta noche.»

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

«¿Qué deberé yo todavía?»

«Soy rico y soltero. ¿Deberé casarme?»

«Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada.»

Madrugó Alfonso al otro dia para ir á la iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar mas allá.

Con todo, no se determinaba: hacia años que no frecuentaba iglesia ninguna.

Habian tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraria en el templo ó si retrocederia; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era en efecto; la misma Rosa: con menos frescura de tez que antes; pero con mas gracia en sus facciones y movimientos: convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra Corte.



—«¡Rosa!  
—¡Alfonso!  
—¿Cuándo ha venido V. á Madrid?  
—Hace mas de tres años.  
—No la he visto á V. nunca.  
—Yo á V. sí, varias veces.  
—¿Y no ha querido V. hablar á su antiguo maestro!  
—El maestro ni siquiera miraba á su alumna.  
—¿Y madre?  
—Enviado otra vez, y vino á establecerse en Madrid.

—¿Y V., Rosa, está ya establecida?  
—Hice una promesa en mi pueblo; y aunque me ha costado alicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

—¡Rosa! ¡Rosa! V. será mia; yo no he podido amar sino á V.; V., sin duda, no ha recibido mis cartas.

—Ahora sé que V. me haya escrito.

—Es preciso que sepa yo si su madre de V. las ha interceptado. Es necesario que satisfaga mi postrera deuda para que descanse tranquilo. No sabe V., Rosa, ¡con qué desasosiego vive el que fue su maestro de V., y tambien su primer amante, su primer amor!

—Primer sin segundo, Sr. D. Alfonso.

—¿Es verdad, Rosa de mi vida! ¿Es posible!

—Mi madre podrá informar á V. mejor de las ofertas que he rehusado. El pobre maestro de mi lugar ha sido para mí preferible á los mas ricos hacendados de mi pais.

—Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, criados, caballos, aduladores, envidiosos, y reputacion de talento; porque la riqueza es capacidad ó pasa por ella. Para ser feliz no me faltan mas que siete horas de sueño cada noche.

—¿Qué le desvela á V.?

—Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita; me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho cuantas contraje; y á pesar de eso, no hay noche que no sienta junto á mis oídos una voz que no cese de repetirme:—Tú debes y no pagas, aun debes y no pagas, Alfonso.—Rosa, Rosa mia, dígnese V. aceptar esta mano que Alfonso le debe, para que pueda preguntar mañana á esa fantasma que me persigue:—¿Qué debo ya?

Rosa levantó aquí hácia Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y, acentuados con singular y casi divina expresion fluyeron suavemente de sus rojos labios estas pocas palabras: «Alfonso, ¿ha pagado V. lo que debe á Dios?»

—Inclinó Alfonso la cabeza, cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

«¡Ah!» prorumpió despues, y no acertaba á proferir palabra ninguna.

En esto la campana de la iglesia dejó oír el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno, y dijo á Rosa con acento agitado: «Entre-mos, Rosa, entremos; guíeme V.»

A la misma hora, ocho dias despues, el velo de los desposados envolvía en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su maestro.

A la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho nupcial, escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiracion de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro.

Tras el suspiro se apagó la respiracion, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

«¡Alfonso!» dijo en voz amorosa y baja.

«¡Alfonso!» repitió ya sobresaltada, echándose fuera del lecho.

«¡Alfonso!» gritó, fuera de sí de espanto.

El dormido no respondia.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido: pagada su última deuda, el sueño

mas feliz habia cerrado sus párpados: el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

¡Bienaventuradas las vigili-as que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

Rosa no murió por entónces: tenia madre que estaba enferma; falleció la hija á los cuatro meses, quince dias despues que la madre. Habia sido Rosa heredera de Alfonso; muchos inculpables deudores, muchos padres virtuosos heredaron á Rosa.

¿Por qué, aun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan preferible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## EL PENSAMIENTO.

—Padre mio, una vez mirando al cielo

Una niña exclamó:

¿Alguien pudo elevarse desde el suelo

Y ese azul traspasó?

—No, hija mia; cruzando el ancho espacio,

Salvando el arrebol

De esas nubes de fúlgido topacio,

Y atrás dejando el sol;

Tan solo el pensamiento á la presencia

De Dios sabe llegar,

De ese Dios cuya inmensa omnipotencia

Pudo un mundo crear.

—¿Y qué es el pensamiento?

—Es la luz pura

Que Dios mismo encendió,

Y para iluminar su mente oscura

Al mortal otorgó.

Rayo es que nos alumbra en esta vida

Con vivo resplandor,

Y va guiando al sér donde se anida

Hácia un mundo mejor.

El nos dá cuando niños la esperanza,

Nos dá despues la fe

Que de la suerte en la áspera mudanza

La mano de Dios ve.

Y nos enseña luego en los dolores

Lo que es conformidad,

Y á esperar que del iris los colores

Traiga la tempestad.

Es el que en la niñez nos dá cariño,

Oro en la juventud,

Diciendo al viejo y murmurando al niño:

¡No hay dicha sin virtud!

Es el que de la flor en el aroma

Nos dá grato placer,

Y de las aves el sentido idioma

Nos permite entender.

Es el que del vapor alas creando,

Nos trasporta velóz,

Y con alambre mundos enlazando

Los impulsa á una voz.

Y el aire aunque te asombre nos concede

Con firmeza cruzar,

Y la nube, que el sol vencer no puede,

Y las olas del mar!

Y en los rayos del sol coger nos deja

Secretos de la luz,

Y en cada estrella un mundo nos refleja

Y la gloria en la cruz!

Es en fin, hija mia, el pensamiento

Escala celestial,

Que levanta del polvo al firmamento

Al mísero mortal!!!!

JOAQUINA GARCIA BALMADEA.

## EN EL ÁLBUM DE INÉS.

De altiva palma

Gala del valle

Tu esbelto talle

Tiene el primor.

Auras dan á la palma su armonía

Y sus cantos la dan los ruisenores:

A tí las ilusiones su alegría

Y amantes trovadores

Cantos de amor.

Hermosos ensueños la mente atesora,  
Ensueños que llenan de fe el corazón;  
Si faltan los sueños la fé se evapora  
Y entonces se llora  
Secreta afliccion.

—  
Jamás tu alma pura,  
Tu tierna hermosura  
Ofenda el pesar;  
La nave de tu alma  
Halle siempre en calma  
De la vida el mar!

—  
De rama en rama,  
De flor en flor  
Con tierno pio á su adorada llama  
El ruisenor.....  
De rama en rama,  
De flor en flor,  
Con tierno pio su adorada llama  
Al ruisenor.....  
Y entrambos ruisenores  
En vuelo unido y rápido, cantando sus amores  
Se elevan á porfía  
Descienden á la par,  
Y en plácida armonía  
Adunan su cantar.

—  
Mi canto es inacorde,  
Cansada está mi voz;  
No hay en mi lira sonos,  
No hay en mi pecho amor.  
¿Qué puedo, hermosa niña,  
Cantar para tí yo!

—  
Tambien tuvo quimeras de amor el pecho mio,  
Tambien gratos delirios el corazón soñó,  
Cual flores arrojadas al caudaloso rio,  
Volaron mis ensueños y mi ilusion voló!....  
¿Qué puedo, hermosa niña,  
Cantar para tí yo!

EDUARDO ATARD.

1859.

## EL CIEGO DE LOS VALLES.

### NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Conclusion.)

Conclusion.

El ciego habia terminado su relato y era inútil dirigir le preguntas de ningún género. Si habia omitido algun detalle, voluntaria é involuntariamente, de todos modos hubiera sido una imprudencia y acaso una falta de generosidad, el fatigar su cansada memoria con nuevas y ociosas indagaciones.

Por otra parte, yo tenia precision de continuar mi camino si habia de cumplir la palabra que habia empeñado. Las ruinas de la casa maldita me causaban la mas triste impresion, y habiendo cesado la lluvia me despedí del ciego, á quien di algunas monedas, y montando nuevamente á caballo, me dirigí en compañía de mi peaton á la villa de Elizondo, en la cual penetré cuando ya se acercaba la noche.

Durante el resto de mi jornada, Juan Tomás caminó silencioso y pensativo. Yo no lo estuve menos, porque á decir verdad entre la persona de Pascasio, el ciego de los valles y el desdichado hijo de Marta, me parecia que no mediaba otra diferencia que la de un cambio de nombres, indispensable á todas luces.

A mi parecer, era claro y evidente que Roman habia perdido la vista en el mismo momento en que el rayo desprendido de las nubes habia penetrado en la habitacion donde él consumara su último crimen.

Esta idea duró en mí, siempre fija y consecuenta, hasta que una de esas incomprensi-



bles casualidades, que en mi concepto suelen ser casi siempre la realizacion de algun decreto providencial, vino á convencerme al cabo de seis ó siete meses de que mi presuncion habia sido lógica y acertada.

Habíame precisado á emprender un nuevo viaje, dirigiéndome esta vez al valle de Roncal. En Navarra el número de estos vallecitos, compuestos cada uno de varios lugares y aldeas, es en extremo crecido. Habíame dirigido, vuelvo á decir, al valle de Roncal y deteniéndome en uno de los pueblos que le componen, salí una tarde á dar un paseo con ánimo de visitar sus alrededores.

Sin saber cómo, me hallé en una calle de las menos céntricas, y al frente de una casa, en cuya puerta vi agrupadas muchas personas que hablaban entre sí y otras que subían y bajaban dando muestras de un profundo sentimiento.

Me ocurrió acercarme á una muger, á la cual le dirigí esta pregunta:

—¿Qué acontece en esta casa?

—¿Qué ha de acontecer? me contestó con las lágrimas en los ojos. ¿Qué ha de ocurrir, añadió, sino que el pobre Pascasio, el *ciego de los valles*, está espirando y todos venimos á verle por la última vez?

Al oír esto dejé á la pobre muger con la palabra en la boca y me apresuré á salvar los diez ó doce escalones que conducían al piso principal de aquella casa.

Entonces se ofreció á mi vista un cuadro que me sería difícil olvidar.

El ciego estaba tendido sobre un tosco lecho esperando tranquilo la hora de su muerte. Su rostro demacrado estaba densamente pálido, sus cabellos blancos como la nieve caían dispersos en torno de su cabeza. Sus labios murmuraban con voz dulce y tranquila algunas oraciones ó besaban amorosamente un crucifijo que tenía entre sus manos. Varias personas le contemplaban sumergidas en un silencioso recogimiento. En un rincón se destacaba la humilde y enfermiza figura del pobre lazarillo, cuyas mejillas estaban inundadas en llanto.

Cuando entré debió el ciego notar el ruido de mis pisadas, puesto que preguntó inmediatamente:

—¿Ha venido el señor cura?

—No, es un forastero; contestó una muger que se hallaba junto á la cabecera del lecho.

—Yo soy, señor Pascasio, yo soy, dije acercándome á él.

Esa voz.... sí, sí, ya caigo, exclamó entonces con viveza. Me acuerdo que en la casa maldita te conté una historia muy lúgubre....

—No, desde entonces no he vuelto por allí.

—¿De modo que no podrás decirme...?

El ciego se interrumpió, y arrojando un suspiro murmuró.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿será posible que me muera sin saber si he sido perdonado?

—El cura, el señor cura; exclamaron todos á la vez, y un viejo sacerdote penetró inmediatamente dentro de aquel pobre tugurio, exclamando:

—Lo estás, lo estás, Dios ha venido en tu auxilio.

Al decir esto, desdobló un papel que traía en la mano y leyó en voz alta y solemne lo que sigue:

«Roman: Yo ignoraba que vivías aun, y que estabas ciego y abandonado. Te concedo lo que desear en nombre de mi padre y en nombre mío, porque comprendo lo mucho que debes haber sufrido durante tantísimos años de cruenta espiación. La casa maldita no existe ya. Sacados de ella los nobles restos de mi padre, ha sido destruida y arrasada.

Muere en paz y que Dios te perdone, como te perdona con todo su corazón, el marqués de Cantolagua.»

Apenas acabó de leer el venerable eclesiástico aquellos renglones, creían entrever en las mejillas del ciego algunas lágrimas escapadas de sus apagados ojos. Luego besó con efusión el crucifijo y dijo lenta y amorosamente:

—Gracias, Dios mío; gracias os sean dadas una y mil veces. La única persona de este mundo que después de vos que sois dueño del cielo, habíame de perdonar, lo ha hecho ya teniendo en cuenta lo mucho que he sufrido. Porque vos lo sabéis, ¡Dios soberano! vos sabéis que he pasado más de la mitad de mi vida sufriendo y suspirando á toda hora. Privado de ver la luz del sol y la tierra que pi-



ENTRADA Á LA TUMBA DE LA VÍRGEN, SAN JOSÉ Y SANTA ANA EN EL VALLE DE JOSAFAT.

saba, he caminado errante y fugitivo llevando siempre la muerte dentro de mi corazón....

Y volviendo el rostro hacia donde yo me hallaba, continuó de este modo:

—Sí, amigo mío: si has transmitido la historia que te conté á cualquiera conocido tuyo, dile también que he pasado más de treinta años entregado al cilicio y á la penitencia, durmiendo á la intemperie sobre el duro suelo, regando con lágrimas el pedazo de pan que me daban de limosna, rogando á Dios eternamente y sufriendo toda clase de privaciones y tormentos. Dile que he recorrido uno por uno todos los valles de Navarra, donde todos me conocen y donde todos me concederán el perdón que á todos demando.

Tres horas después el *ciego de los valles* entregaba su alma al Criador, después de cumplir de una manera edificante con todos los deberes de un buen cristiano.

—¡Descanse en paz! murmuré entonces separándome de su lecho.

Y sin saber cómo me acordé de estas sublimes palabras del Evangelio:

*Los que lloran serán consolados.*

FIN DE LA NOVELA.

## PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

Hay mugeres de la clase ínfima de la sociedad que pretenden encaramarse á la mas alta vendiendo su honor; pero cuanto mas brillan mas van ensanchando el círculo de su descrédito y de su deshonra; pobres mugeres que se venden por unas cuantas alharacas, dan mucho para recibir muy poco y esto lo conocen cuando ya no pueden retroceder, cuando ya es tarde; y se arrepienten como se arrepiente el suicida cuando ya ha soltado el gatillo de la pistola y ha consumado el crimen.

En este mundo donde todo se vende, el pobre nada puede comprar sino á costa de su vida ó de su honra.

Un exceso de sentimiento y un corazón demasiado generoso son dos privilegios funestos.

La pluma es tan poderosa como la espada.

¡Hermoso espectáculo ofrece un baile! Las mugeres á luz de cien bujías ostentan mas atractivos, es mas intensa su belleza, hay mas animacion en su hermosura; allí están primorosamente prendidas y peinadas, allí entre flores, aromas y luces giran radiantes al compás de la música, como incitantes mariposas, en el rápido movimiento del baile.

Esa frialdad con la que dejas caer tus frases es la frialdad de la desesperacion... es la desesperacion que se domina á sí misma preparando planes siniestros.

El hombre no sabe nunca el desenlace que tendrán los dramas de su vida, y muchas veces toma por desenlace el segundo acto del drama.

El primer amor es un sol de fuego que alumbra y quema el horizonte; el segundo amor es una luna diafana menos viva y menos ardiente; es preciso que se eclipse el primer amor para que luzca el segundo, como es preciso que se hunda el sol en el ocaso para que brille la luna; pero así como la luna recibe prestada la luz del sol, el segundo amor no es mas que un pálido reflejo del primero; verdaderamente no se ama mas que una vez.

Los hombres no son atrevidos con el bello sexo mas que cuando conocen que pueden serlo; el atrevimiento del hombre nace siempre del consentimiento de la muger.

La suerte tiene burlas crueles y sarcasmos horribles.

J. L.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO,

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.



# ÍNDICE

de las materias publicadas en este tomo.

Revista de la semana. — Casi todos los números.

## Artículos.

El juicio de Dios, por la Sta. Doña J. G. Balmaseda, página 3. — Las campanas, por D. P. G. Cadena, pág. 6. — Un mundo aparte, por D. Pedro Manuel Yago, pág. 10. — Lord Byron, por D. Teodoro Llorente, págs. 11, 45, 74, 90 y 139. — La familia, por D. Angelino Esteller, págs. 13, 19, 39. — La ilusión, por D. Gerónimo Flores, pág. 18. — Estudios acerca de la poesía española: D. Fernando de Herrera, por D. Vicente W. Querol, págs. 21 y 50. — Calamidades públicas: La criada novicia, por D. Ventura Ruiz Aguilera, pág. 26. — Un artículo de fondo, por D. C. Calvo y Rodríguez, pág. 27. — Estudios sobre la literatura portuguesa, por D. Rafael Ferrer y Bigné, págs. 30, 63, 85, 148, 202 y 282. — El espíritu, por D. Dámaso Delgado López, pág. 31. — Los juguetes y los niños, por D. Gerónimo Flores, página 35. — Literatura de escalera abajo, por D. Pascual Pérez, pág. 36. — La esperanza, por D. José Selgas y Carrasco, pág. 38. — Los ensueños de Benito: Introducción, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 43. — La caridad, por D. Eduardo Atard, pág. 47. — Carta de un desocupado á uno que no lo está, por D. Carmelo Calvo y Rodríguez, página 51. — El porvenir de España, por D. Julio Saco y Arce, pág. 66. — Recuerdos y esperanzas, por D. Francisco Pérez Echevarría, pág. 67. — Nosce te ipsum, por D. Eduardo Serrano y Fatigati, página 70. — El moderno olimpo, por D. Ventura Ruiz Aguilera, pág. 71. — Costumbres valencianas: Los porrats, por D. Jaime Peiró y Dauder, página 75. — Los ensueños de Benito: El baile de máscaras, por D. Luis Fabra y Cervero, págs. 77 y 82. — Estudios sociales: El ahorro, por D. Narciso Campillo, pág. 83. — Lo que es poesía, por D. Antonio de Trueba, págs. 84, 94, 98 y 111. — Costumbres madrileñas: El entierro de la sardina, por D. Gerónimo Flores, pág. 94. — La adulación, por D. Ventura Ruiz Aguilera, pág. 99. — El puerto del Grao de Valencia, por D. R. Blasco, págs. 91 y 147. — Un capítulo de un viaje: Poblet, por D. Vicente Boix, págs. 101, 109, 115 y 123. — Mañana, por D. José Selgas, pág. 107. — Recuerdos de L' Aricia: (Fragmentos de un viaje á Italia), por D. Antonio Cánovas del Castillo, pág. 114. — La lengua, por D. Eduardo Serrano y Fatigati, página 115. — El asistente, por D. P. A. de Alarcon, pág. 124. — La semana santa, por D. José Selgas, pág. 130. — La semana santa, por D. Angelino Esteller, pág. 133. — El árbol de la publicidad, por D. Antonio Flores, págs. 138 y 154. — Un paseo, por D. Narciso Campillo, pág. 140. — Estudios históricos: Borbon ante Roma, por D. José Velazquez y Sanchez, págs. 154, y 163. — El arte, por D. Angelino Esteller, págs. 158, 174 y 234. — Venganza catalana, por D. P. García Cadena, páginas 162 y 170. — Los celos y la envidia, por Don Alejandro Buchaca y Freire, pág. 165. — Byron y Lamartine, por D. Teodoro Llorente, pág. 178. — La imprenta: Breves consideraciones sobre la misma, por D. Pedro Manuel Yago, pág. 181. — Cantos de un peregrino: Poesías de D. José Luis Alfonso, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 186. — La cara, por D. Jacinto Labaila, pág. 189. — Calamidades públicas: La criada profesora, por Don Ventura Ruiz Aguilera, pág. 195. — La casualidad, por D. José Selgas y Carrasco, págs. 203 y 214. — Bacon, por D. Ramon de Campoamor, página 206. — Cinco duros, por D. Rafael Blasco, páginas 218 y 226. — Estudios morales y políticos: La conciencia y la razón, por D. Leandro Angel Herrero, pág. 219. — Costumbres populares: La verbena de San Juan, por D. Gerónimo Flores, pág. 227. — El géniio y la inocencia: Balada histórica, por D. A. F. Grillo, pág. 236. — El panadero de Nimes, por D. Teodoro Llorente, página

242. — Las patronas y los huéspedes, por D. A. Luis de Sabando, pág. 243. — Algo mas sobre el hombre: Apuntes para un artículo, por D. M. Carrillo de Albornóz, pág. 250. — El dinero, por D. Jaime Peiró y Dauder, pág. 258. — Numismática, por D. Buenaventura Fernandez Sanahuja, pág. 260. — Recuerdos históricos: El 16 de Julio, por D. Antonio Verdes Montenegro, pág. 266. — ¿Qué es la poesía? por D. Narciso Campillo, página 266. — Reflexiones, por D. Pedro M. Yago, pág. 267. — Los ojos negros: Balada, por D. Dámaso Delgado López, pág. 274. — Los ensueños de Benito: Fidelidad conyugal, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 275.

## Poesías.

La nube y el eco, por D. Rafael Blasco, página 6. — Dolores: Fuente inagotable, por D. Ramon de Campoamor, pág. 11. — Estaba escrito, por Don Jacinto Labaila, pág. 11. — ¡Te quiero ver! por D. Manuel Atard, pág. 22. — Flores del corazón! por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 23. — Tú y yo, por D. Florencio Moreno Godino, pág. 23. — Llegar á tiempo: Proverbio en un acto puesto en verso, por D. Rafael Blasco, págs. 23, 32, 47, 55, 63 y 71. — Plegaria, por Doña Faustina Saez de Melgar, pág. 30. — Dos hermanos, por Doña Joaquina G. Balmaseda, pág. 31. — La vida, soneto por D. M. Carrillo de Albornóz, pág. 31. — Noche buena, por D. Antonio de Trueba, pág. 34. — ¡Pobre Juan! por D. Francisco Calvo y Rodríguez, pág. 35. — A una flor, por D. Francisco Pérez Echevarría, pág. 35. — A la infantil poetisa Clotilde Aurora Príncipe, por Doña María del Pilar Sinués de Marco, pág. 46. — \*\*\*\*, por D. Ramon Rodriguez Correa, pág. 46. — Bendita hija, por D. Enrique Gaspar, pág. 54. — Amor ausente, por D. Dámaso Delgado López, pág. 54. — Dolores: Los dos espejos, por D. Ramon de Campoamor, pág. 55. — El pastor y la brisa, por Doña Ana María Franco, pág. 62. — El aire y el agua, por D. José Selgas, pág. 63. — Constancia, por D. M. Carrillo de Albornóz, pág. 63. — A S. A. R. el Sermo. señor Príncipe de Asturias, por D. Dámaso Delgado López, pág. 67. — A S. A. R. el Sermo. señor Príncipe de Asturias en su cumpleaños, (soneto) por D. Antonio Verdes Montenegro, página 68. — Madrigales, por D. Ramon de Campoamor, pág. 71. — Soneto, por D. Enrique de Cisneros, pág. 78. — Serenata, por D. Ignacio Virto, pág. 79. — Letrilla: (Imitación de Góngora), por D. C. Frontaura, pág. 79. — La huida del polaco, por D. Félix Pizcueta, pág. 79. — Los dos pinos, (fábula) por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, página 86. — Cantares, por D. Ventura Ruiz Aguilera, pág. 86. — Mi fotografía, por D. Santiago Infante de Palacios, pág. 86. — Filosofía corriente, por D. Rafael Blasco, pág. 95. — Sandeces, por Don Eduardo Zamora y Caballero, pág. 95. — En un álbum, por D. Jacinto Labaila, pág. 95. — A ti, por D. Luis M. Larra, pág. 102. — En el templo, por D. P. García Cadena, pág. 102. — La flor y el céfiro, por D. Rafael Blasco, pág. 110. — El mar, por D. A. F. Grillo, pág. 110. — Un sueño, por Don José Luis Alfonso, pág. 119. — Sandade: (Traducción de Coelho Sonsada), por D. Rafael Ferrer y Bigné, pág. 119. — Dolores: Las dos tumbas, por D. Ramon de Campoamor, pág. 126. — En un álbum, por D. Salvador Lopez Guijarro, pág. 126. — La cristiana: Oriental, por D. M. Martos Rubio, pág. 126. — Domingo de Ramos, por D. M. Carrillo de Albornóz, pág. 134. — La muerte de Jesus, (soneto) por D. Juan José Bueno, pág. 135. — Al pie de la Cruz, por D. Félix Pizcueta, pág. 135. — Profecía, por D. Luis Fabra y Cervero, pág. 142. — Plegaria, por D. Francisco Pérez Echevarría, pág. 143. — A mi madre, por D. Antonio Alcalde Valladares, pág. 150. — Origen del cigarro, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, pág. 151. — La fe, por D.ª Angela Grassi, pág. 159. — La ventana

de la casa paterna: (Traducción de Lamartine), por D. Teodoro Llorente, pág. 159. — El ángel del hogar, por D. Gerónimo Flores, pág. 166. — Gibraltar, por D. Pedro Manuel Yago, pág. 166. — El sol y la fuente, por D. Rafael Blasco, página 174. — Tú, por D. Jacinto Labaila, pág. 175. — Tú: (Traducción de la misma), por D. Jaime Peiró y Dauder, pág. 175. — A los héroes del 2 de Mayo, por D. Francisco Pérez Echevarría, página 182. — La guerra, por D. José María Bonilla, página 182. — Melodía, por D. P. Lopez Guijarro, pág. 183. — Madrigal, por D. P. García Cadena, pág. 191. — A una rosa blanca, por D. A. Alcalde Valladares, pág. 191. — Paráfrasis, por D. Antonio García Gutierrez, pág. 199. — A mi apreciable amigo y distinguido poeta D. M. Carrillo de Albornóz: Mis penas, por D. Vicente Arenas, página 199. — Al siglo XIX, por D. A. Fernandez Grillo, pág. 207. — Noche estrellada, (soneto) por D. Teodoro Llorente, pág. 215. — Epitafio para el sepulcro de Alejandrina, por D.ª Faustina Saez de Melgar, pág. 215. — A Leida, por D. Enrique de Villarroja, pág. 315. — Dos lágrimas, por Don A. Guix Albelda, pág. 222. — Entre cielo y tierra, por D. S. Lopez Guijarro, pág. 222. — A Calderon, por D. N. Campillo, pág. 222. — El poema de la vida: Dolores, por D. Bernardo Lopez García, pág. 222. — A un poeta, por D. N. Campillo, página 223. — Barcelona y Valencia, por D. Teodoro Llorente, pág. 230. — A un árbol, por D. E. de Saavedra, marqués de Auñón, pág. 231. — Meditación, por D. Isidoro F. Flores, pág. 231. — La corrida de toros: (Traducción de lord Byron), por D. Vicente W. Querol, pág. 238. — Fábula, por D. A. Campos y Carreras, pág. 238. — La niña y el gato: Fábula, por D. Rafael Ferrer y Bigné, pág. 239. — Himno á Dios, por D. Pedro M. Yago, pág. 246. — En un álbum, por D. Pedro Antonio de Alarcon, pág. 246. — Al Excmo. Sr. D. de V. en la muerte de su inolvidable Consuelo, por D. Teodoro Martel, pág. 255. — A una Concha, por D. Mariano Z. Cazorro, pág. 255. — La golondrina, por D. Rafael Blasco, pág. 255. — A una lágrima, por D. A. F. Grillo, pág. 255. — Epístola: A mi amigo D. Teodoro Llorente, por D. Jacinto Labaila, pág. 263. — Respuesta á una carta de Jacinto Labaila, por D. Teodoro Llorente, página 269. — A la muerte del malogrado jóven D. Antonio Navarro Beltran: Elegía, por D. Félix Pizcueta, pág. 279. — El pensamiento, por Doña Joaquina García Balmaseda, pág. 287. — En el álbum de Inés, por D. Eduardo Atard, pág. 287.

## Biografías.

Adelina Patti, página 5. — Huerta, por Don R. Blasco, pág. 44. — Enrique Múrgier, por D. R. Blasco, página 76. — El general Mezza, pág. 100. — D. Antonio García Gutierrez, por D. R. Blasco, pág. 123. — Rossini, por D. R. Blasco, página 155. — D. Antonio Gisbert, por D. R. Blasco, pág. 171. — Meyerbeer, por D.ª María del Pilar Sinués de Marco, pág. 212. — Alejandro Dumas, hijo, por D. R. Blasco, pág. 253.

## Novelas.

La cruz de la agonía: Leyenda, por D. Luis Navarro y Pons, página 14. — Viaje al rededor de una tarjeta fotográfica, por D. Jacinto Labaila, págs. 42, 52, 60, 69 y 79. — El espíritu del artista, por D. Félix Pizcueta, pág. 58. — El ciego de los valles, por D. Maximino Carrillo de Albornóz, págs. 87, 95, 103, 119, 127, 143, 151, 159, 167, 175, 183, 191, 199, 208, 239, 248, 264, 270, 279 y 287. — El hidalgo Gabriel Tellez, por D. Federico de Sawa, págs. 106 y 117. — Un lance de honor: Narración de un loco, por D. Rafael Blasco, págs. 122 y 135. — ¡Pobre niño! Leyenda, por D. Ramon Doldan y Fernandez, pág. 149 y 157. — Dicha comprada, por D.ª Joaquina García Bal-



maseda, págs. 182, 187 y 198.—Juan Colin: Leyenda tradicional, por D. Dámaso Delgado Lopez, págs. 197, 204, 215, 220, 223, 230, 235, 246 y 255.—La infancia de Cervantes ó el géneo se revela, por D. Nicolás Díaz de Benjumea, páginas 231, 237 y 254. Deuda olvidada: por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, pág. 285.

#### Miscelánea.

Simulacro en Paterna, por J., página 3.—La bolsa de París, por X., pág. 13.—Fuente de las cuatro estaciones, pág. 21.—Tipos chinos, página 21.—La casa de Dombon, por D. R. Blasco, página 29.—Neufchatel, por J., pág. 30.—Campana cochinchina, pág. 32.—La bendición del Neva, por R. de C., pág. 36.—Pensamientos y máximas, por D. J. L., págs. 39 y 80.—La estatua de Flora, página 52.—Campos elíseos, por D. A. B. F., página 52.—El puente del mar, por D. R. Blasco, pág. 59.—Vendedores de legumbres y de fiambres en Pekin, pág. 60.—Teatro de D.<sup>a</sup> María II en Lisboa, pág. 69.—El castillo de Bronnentrui, en Rusia, por A. B. F., pág. 76.—Valencia: Carta á una amiga, por D.<sup>a</sup> María del Pilar Sinués de Marco, pág. 102.—Destrucción de la cabeza del puente de Frederichstadt, pág. 108.—Pompeya: Casa del cuestor ó de Castor y Polux, pág. 108.—Habilidad de un soldado, pág. 112.—El perro y el niño: Abnegación y fidelidad, pág. 120.—Coronas votivas, por D. J. M., pág. 128.—Casa de Cayo Salustio, por D. F. M., pág. 132.—Muerte del ministro de la guerra de Juárez, general Comonfort, pág. 140.—Cañon de vapor, pág. 140.—Castel-Gandolfo, pág. 157.—Puerta de San Moratin, (París), pág. 165.—Objetos cochinchinos, pág. 165.—Yelmo de Jaime I, por D. R. Blasco, pág. 179.—Compañías de guadañeros polacos, pág. 181.—El termómetro, pág. 184.—Pompeya: Foro nundinario, pág. 188.—Modas: Una representación de Adelina Patti en el teatro Italiano, por D.<sup>a</sup> María del Pilar Sinués de Marco, página 190.—Elena Gomez Avellaneda: (Recuerdo), por D. Teodoro Llorente, pág. 194.—Tiradores del ejército dinamarqués, pág. 197.—Aparato avisador para los trenes en los ferro-carriles, pág. 200.—Estrella de los mil, pág. 208.—La procesion del Córpus en Valencia, por D. Vicente Boix, pág. 210.—Castigo en New-York, pág. 212.—Mortero colosal, pág. 228.—Recuerdos militares de Pompeya, por Mr. Le-Belley, pág. 228.—Islas Chinchas, productoras de guano, pág. 236.—Gran concierto de la sociedad artístico-musical, por D. Gerónimo Flores, pág. 241.—El puente de la Trinidad, por D. R. Blasco, pág. 243.—La Canga, suplicio chino, pág. 247.—Revista de Madrid, por D. A. F. Grillo, pág. 258.—El Merri-mac, pág. 260.—Monasterio de la Murta, página 269.—Palacio del emperador de Sian, pág. 269.

—Iglesia parroquial de Santo Tomás Apóstol, por D. Vicente Boix, pág. 275.—La Gergovia por A. Alcalde Valladares, pág. 283.—Globos aerostáticos, página 284.—Máximas y pensamientos por D. J. S., página 288.

#### Grabados y litografías.

Vista que representa los llanos de Paterna en un simulacro, página 4.—Retrato de Adelina Patti, pág. 5.—Embajadores aumamitas, pág. 8.—Lord Byron, pág. 12.—Bolsa de París, pág. 13.—Tipos valencianos: La ramilletera, pág. 16.—Geroglífico, pág. 16.—Fuente de las cuatro estaciones, pág. 20.—Tipos chinos, pág. 21.—Caricaturas, pág. 24.—La casa de Dombon en el Cañamelar de Valencia, pág. 28.—Cercanías de Neufchatel, en Suiza, pág. 29.—Campana cochinchina, página 32.—Las ferias, pág. 36.—La bendición del Neva, pág. 37.—Los meses del año: Caricaturas, pág. 40.—Retrato de Huerta, pág. 44.—El sueño de un cesante: Caricatura, pág. 45.—Resabios de lo que fue: Caricatura, pág. 48.—La alameda de Valencia: Estatua de Flora, pág. 52.—Salon de los Campos Elíseos de Barcelona, pág. 53.—Tipos valencianos: El turroneo, pág. 56.—Valencia pintoresca: Puente del Mar, pág. 61.—Tipos chinos: Vendedores de legumbres y fiambres en Pekin, pág. 60.—Geroglíficos, pág. 64.—Retrato de S. A. R. el Sermo. Sr. Principe de Asturias, pág. 68.—Plaza del Rocío y teatro de D.<sup>a</sup> María II, en Lisboa, pág. 69.—Caricaturas, pág. 72.—Retrato de Enrique Mürger, pág. 77.—Castillo de Bronnentrui, pág. 76.—Geroglífico, pág. 80.—La poesía, pág. 85.—Saraos y soirées: Caricaturas, pág. 88.—Vista general del puerto del Grao de Valencia, págs. 92 y 93.—Geroglífico, página 96.—El general Mezza, comandante en jefe del ejército dinamarqués, pág. 100.—Vista general de Poblet antes de su destrucción, pág. 101.—Caricatura, pág. 104.—Destrucción de la cabeza del puente de Frederichstadt por los daneses, pág. 108.—Pompeya: Vista de la casa llamada Castor y Polux, pág. 109.—Grupo de zuavos, página 112.—Sala Capitular del monasterio de Poblet, pág. 116.—Grupo de negros del Golfo de Guinea: Isla Corisco, pág. 117.—Abnegación y fidelidad, pág. 120.—Retrato de D. Antonio García Gutierrez, pág. 124.—Santo Domingo: Vista del castillo llamado del Homenaje, pág. 125.—Coronas votivas de la real familia de Rescervinto, pág. 128.—Vista de la casa de Salustio, en Pompeya, pág. 132.—Corona votiva del rey godo Flavio Rescervinto, pág. 133.—Muerte del general Comonfort, pág. 140.—Cañon de vapor, página 141.—Uno de tantos: Caricatura, pág. 144.—Luis de Camoens, pág. 148.—Guerra de Cochinchina: Tipos militares, pág. 149.—Tipos valencianos: El pescador, pág. 152.—Rossini,

pág. 156.—Vista de Castel-Gandolfo, pág. 157.—Cañon chino, pág. 160.—Puerta de San Martin, (París), pág. 164.—Objetos cochinchinos, página 165.—Cochinchina: Habitación del comandante en jefe de las fuerzas franco-españolas en Saigong, pág. 168.—La reina D.<sup>a</sup> María de Molina, presentando su hijo á las Cortes de Valladolid, pág. 172 y 173.—Tropa turca: Genízaro, pág. 176.—Yelmo de D. Jaime I, existente en la Armería Real, pág. 180.—Insurrección de Polonia: Tipo del campesino armado de Guadaña, pág. 181.—El termómetro, pág. 184.—Pompeya: Foro nundinario, pág. 188.—Goblentz, general en jefe del ejército austriaco, pág. 189.—Viaje por el país del amor: (caricaturas), página 192.—Ídolo cochinchino de la pagoda de Clochetons en Saigong, pág. 196.—Ejército dinamarqués: Tiradores, pág. 197.—Aparato avisador en los trenes de los ferro-carriles, página 200.—Dinamarca: Distribución de medallas al ejército austriaco, por sus diferentes hechos de armas, pág. 204.—Lámina de la leyenda Juan Colin, pág. 205.—Estrella de los mil, pág. 208.—Castigo impuesto á los borrachos en el ejército de los Estados-Unidos, pág. 212.—Giacco Meyerbeer, pág. 213.—Carga de caballería de la tribu Guaicarus (Brasil), pág. 216.—Vista de Nazareth, pág. 220.—Tipos del ejército austriaco, pág. 221.—Caricaturas, pág. 224.—Mortero monstruo fundido en los Estados-Unidos, pág. 228.—Vista del foro romano en Pompeya, pág. 229.—Tipo mejicano: El arriero, página 232.—Manguetas y depósitos para el trasbordo del guano en las islas Chinchas, pág. 236.—Tipos de las damas japonesas, pág. 237.—Mapa del teatro de la guerra en el Schleswig, pág. 240.—Valencia pintoresca: Vista del puente de la Trinidad, pág. 244.—La Canga: Suplicio chino, pág. 245.—Lámina de la leyenda Juan Colin, página 247.—Jerusalén: Casa de la Verónica en la vía Dolorosa, pág. 248.—Casa de recreo del emperador de Marruecos, pág. 252.—Retrato de Alejandro Dumas, hijo, pág. 253.—El Excmo. Señor D. Pedro Santana, pág. 256.—Interior de la batería del Merrimac, pág. 260.—Monedas y medallas antiguas, pág. 261.—Vista del convento de la Murta en Alcira, tomado por la parte del Norte, (Valencia), pág. 268.—Vista del mismo, tomada por la parte del Mediodía, pág. 268.—Palacio del emperador de Siam, pág. 269.—Portada de la antigua iglesia parroquial de Santo Tomás de Valencia, págs. 276 y 277.—Golfo de Guinea: Casa de bambú construida por el gobierno español en Hobeý pequeño, pág. 287.—Estéban y José Montgolfier, inventores del globo aerostático, pág. 285.—Entrada á la tumba de la Virgen, San José y Santa Ana, en el valle de Josafat, pág. 288.